



## AGRADECIMIENTOS

Doy los agradecimientos más sentidos a mi esposa Claudia Patricia Gallo Castro por estar conmigo en éstos tiempos angustiantes de pandemia, pero a la vez ayudarme a colocar en orden mis ideas para escribir éste libro. A mi editor Orlando Plazas Motta por darle lógica al texto. Al escritor John Fitzgerald Torres por sus loables y sentidas palabras del prólogo. A Octaviano Varela Rojas por sus sugerencias. A mis tres hijos por darme el ánimo de seguir viviendo.



## DEDICATORIA

Dedico éste libro a mis tres hijos, pero especialmente a Javier Alejandro, por su compañía y apoyo incondicional en éstos momentos azarosos de mi andar por el mundo.  
Gracias por todo y por tanto.



## PRÓLOGO

### LA MIRADA MORTAL

Voy a decirlo sin ambages ni rodeos desde el comienzo: una de las razones más poderosas que mueve a un hombre a dejar por escrito su versión de un evento que le ha resultado hondamente transformador, que ha conseguido alterar para siempre el curso de su vida, es la cercanía de la muerte. Haberla mirado por un instante siquiera a los ojos, es suficiente para que en su alma se desate un río de palabras que quiera dar cuenta a la posteridad de ese instante terrible. Y es por eso que escribe.

Ese caudal suele ser doloroso, porque surge de la fibra más crispada de la médula, del ardor más impaciente de la sangre. Pero suele ser también y por eso mismo, un discurso valeroso vetado con frecuencia de acritud, teñido de ironía y de humor negro.

Este nuevo libro de Carlos es una evidencia más de ese impulso irrefrenable. Como en un viaje de vértigo nos lleva, con el desparpajo y la sencillez que caracteriza su prosa, por los laberintos casi kafkianos de nuestros precarios sistemas de salud pública, un sistema del que todos hemos sido víctimas en alguna ocasión y cuya inoperancia a veces resulta más mortal que la misma enfermedad que nos ha llevado a sus puertas. Algo que pareciera de tragicomedia si no es porque su crueldad desborda nuestra inocencia y enluta con demasiada frecuencia nuestros días. Un escenario cuyos vértices son la confusión, el equívoco, la ausencia de compasión, la incomunicación, la insensibilidad y el egoísmo, vértices que poco a poco, como si un siniestro arquitecto se solazara en articular, van componiendo una suerte de prisión en la que tarde o temprano sucumbirá nuestra alma. Un andamiaje atroz en el que, para ser justos, de cuando en vez afloran la conmiseración, la solidaridad y la voluntad heroica.

La virtud de este libro de Carlos reside sin duda en su valor testimonial. Nos sumerge en la pesadilla de ese sistema paradójicamente letal, inmerso a su vez en una de las circunstancias históricas más cruentas, la del horror que ha supuesto la presencia de un aniquilador invisible que parece aguardar por cada uno de

nosotros a la vuelta de la esquina. Una doble pesadilla de la que todavía no despertamos, una película distópica en la que de pronto somos protagonistas, una ficción sombría que se hizo real, un terremoto lento que ha estremecido sin pausa todos los cimientos de nuestra vida.

En medio de la incertidumbre de estos tiempos difíciles, nos quedan como alternativas más próximas, el relato y la reflexión. Y así como en las últimas páginas de este libro de Carlos, cada uno de nosotros quiere hacer luz para entender mejor lo que hoy acontece en el mundo, para explicarnos lo que sucede, para comprender qué va a pasar ahora, para saber de alguna forma cuál será nuestro futuro.

Y mientras no llega alguna certeza, ahí tenemos este libro, que si bien no nos da respuestas, pues está lejos de su intención hacerlo, al menos nos permite asomarnos por unos instantes a la experiencia de un hombre que, impelido por una mala jugada de su corazón, en medio de un campo de batalla invisible, miró a la muerte a los ojos, y sobrevivió, para escribir este libro valiente.

JOHN FITZGERALD TORRES

## **VIDA Y ANGUSTIA EN TIEMPOS DEL CORONAVIRUS**



## **INFARTO DURANTE LA PANDEMIA A MIS 74 AÑOS**

Todo empezó en el año 2020, exactamente en el mes de marzo. Poco a poco, los medios de comunicación anunciaban

la aparición de un nuevo virus en China que estaba asolando toda una provincia, especialmente, la ciudad de Wuhan, un agente infectante altamente agresivo, posiblemente con origen en los murciélagos, al que llamaron CORONAVIRUS, y que el mundo conoció como COVID-19.

Los casos de contagio empezaron a manifestarse en el mes de diciembre de 2019, según las autoridades de salud de Wuhan. El primero de enero de 2020 China anunció casos de neumonía que no correspondían al SARS ni al MERS y cerraron el mercado mayorista de mariscos de Huanan, pensando que la venta de animales salvajes podrían ser la fuente del virus; así el siete de enero confirmaron que habían identificado el virus como un nuevo coronavirus. Inicialmente la OMS lo llamó 2019-nCoV, y el 11 de enero la Comisión de Salud de Wuhan anunció la primera muerte de un hombre de 61 años, quien se había expuesto al virus en el mercado de mariscos.

Poco tiempo después, el 13 de enero, reportaron en Tailandia un nuevo caso de infección del coronavirus. El hombre infectado fue un ciudadano chino que había llegado de Wuhan, y el 16 de enero, las autoridades japonesas confirmaron que un hombre japonés que viajó a Wuhan estaba infectado con el mismo virus. Al día siguiente confirmaron, desde China, que una segunda persona había muerto en el país.

Desde ese momento, Estados Unidos implementó exámenes de detección de síntomas en los aeropuertos de San Francisco, Nueva York y Los Ángeles. El 19 de enero se reportaron casos en Beijing y Shenzhen, y el día 20 se informó de 139 nuevos casos, incluida la muerte de una tercera persona. El 21 de enero, funcionarios de Estados Unidos en el estado de Washington, confirmaron el primer caso de coronavirus. Casi inmediatamente, Wuhan anunció que cerraría temporalmente sus aeropuertos y estaciones de ferrocarril para los pasajeros que salieran de la ciudad. Tras la noticia, de que el número de muertos había aumentado a diecisiete, y que ya se confirmaban 547 casos en ese continente, la Organización Mundial de la Salud (OMS) aseguró, extrañamente, que el coronavirus no constituía una emergencia internacional de salud pública.

Para el 24 de enero se reportaron los primeros casos de coronavirus en Europa, y al día siguiente los casos habían superado los mil infectados. El 26 de enero ya habían más de 2700 casos confirmados en China, y cincuenta en otras partes del mundo. A ese momento ya se habían reportado ochenta muertos en China; por lo tanto, se suspendieron todos los tours, incluidos los internacionales, y todas las celebraciones a gran escala de ese Año Nuevo Lunar. El 27 de enero se celebró una reunión de un equipo de expertos internacionales en China para investigar el brote de coronavirus, y ese mismo día, un avión de los Estados Unidos evacuó a diplomáticos y sus familias de la ciudad de Wuhan.

El 30 de enero, Estados Unidos confirmó el primer contagio del coronavirus originado en Wuhan y, según el informe, había sido transmitido de persona a persona. Los casos aumentaron, rápidamente, a más de 9600, y el número de muertos a 170. Se confirmaron más de cien casos en veinte lugares por fuera de China, y la OMS lo declaró, entonces, como una emergencia internacional de salud pública.

El 31 de enero, Donald Trump, presidente de los Estados Unidos, anunció que negaría la entrada a los extranjeros que hubiesen viajado a China en los últimos 14 días. Para esa fecha, un hombre había muerto en Filipinas por el coronavirus. Fue la primera vez que se reportó una muerte fuera de la China continental.

El 4 de febrero, el Ministerio de Salud de Japón anunció que al menos diez personas de las 3700 a bordo del crucero "*Diamond Princess*" estarían infectadas; todas fueron puestas en cuarentena hasta el 19 de febrero.

El 5 de febrero, la cifra total de muertes, a nivel mundial, había superado las 500 personas. Luego se confirmó que un ciudadano estadounidense de 60 años había muerto en Wuhan, y el 10 de Febrero el virus había cobrado la vida de 1000 personas en todo el mundo.

El 11 de febrero, la OMS nombró al Coronavirus como COVID-19, y el 14 de ese mismo mes, un turista chino que había sido diagnosticado con el virus fue la primera persona fallecida en Europa; en ése momento el número de muertos ascendía a 1500. Al mismo tiempo, África anunciaba su primer caso, más exactamente, en Egipto. Para el 18 de febrero, las muertes por el virus superaban los 2000 casos. Así siguió expandiéndose el virus por todo el mundo, de modo que el 11 de marzo la OMS la reconoció como una pandemia global, y el 22 de abril se informó de más de 2.600.000 casos en más de 210 países en el mundo, con más de 187.330 muertos y 732.647 recuperados.

De acuerdo con los informes recibidos, la pandemia ha sido inmisericorde en países como Estados Unidos, Italia, Francia, España, Reino Unido, China y aún se desconoce a donde llegará con más ímpetu. Espero que al terminar de escribir este libro les pueda informar sobre los alcances que ha tenido, a nivel mundial, el COVID-19.

Es pertinente recordar otras pandemias que han sucedido en el mundo, tales como la peste negra, en el siglo XIV, donde más de cien millones de personas fueron víctimas mortales, casi el 20% de la población mundial de ese momento. Solamente, en Europa, murió el 40% de su gente.

Posteriormente, en 1918 el mundo sufrió una pandemia que mató entre cuarenta y cien-millones de personas en un año.

Fue llamada “**Gripe 1918**” o “**Gripe Española**” que ha sido calificada como la más devastadora en la historia ser humano.

Luego, del 2002 al 2003 llegó la pandemia llamada SARS, de la que hubo 8045 contagiados y 765 muertos, que aunque grave, no fue considerada nunca como una de las peores pandemias que haya sufrido la humanidad.

## **CORONAVIRUS EN COLOMBIA Y VIAJE A MÉXICO**

En Colombia, y aún a principios de marzo, no había llegado todavía este virus a nuestro país, mientras que países como Italia y España ya sufrían la devastación de infectados y muertes. Recordemos que la OMS todavía no lo declaraba pandemia y en muchos países sus presidentes no le pusieron atención, pasando por alto normas básicas de prevención para contrarrestar el contagio: Los vuelos nacionales e internacionales, y las operaciones en aeropuertos siguieron normalmente, lo que permitió que el virus encontrara el camino perfecto para transportarse, y llegar así a muchos países en donde ha sembrado la muerte y el caos, especialmente entre la población mayor de 60 años o con enfermedades preexistentes complicadas que comprometen los sistemas respiratorio y circulatorio.

Es solamente hasta el 6 de marzo cuando se declara la existencia del virus en Colombia. La primera paciente, una ciudadana con antecedentes de viaje a Milán Italia, fue aislada. El 9 de marzo se confirmaron dos casos nuevos, y el 11 de marzo el Ministerio de Salud de Colombia, confirmó tres casos más. Para el día 13 ya se habían reportado otros cuatro casos, y el sábado 14 se confirmaron ocho. Ese día, lo recuerdo muy bien, pues arribábamos mi hijo Javier y yo, al aeropuerto “El Dorado” de Bogotá, procedentes de México, y estábamos muy asustados.

Volviendo un poco atrás, el viernes 6 de Marzo nosotros, que desconocíamos de la presencia del virus en Colombia y en México, habíamos programado, con mis tres hijos y, con mucha anticipación, un encuentro familiar en Cancún, para recargarnos afectiva y espiritualmente por la distancia que la vida nos ha destinado, pues vivimos muy lejos, unos de otros, y así lo habíamos hecho los últimos tres años con encuentros en USA 2017, Alemania 2018 y Republica Dominicana en el año de 2019.

El viaje estaba programado para que el 6 de Marzo nos encontráramos en Cancún y disfrutáramos hasta el 14 del mismo mes, para luego devolvernó a nuestros respectivos países. Tal vez no calculamos, no pensamos detenidamente, o nadie esperaba que este virus se extendiera tan rápidamente por el mundo, pero en el transcurso del paseo hubo momentos de temor y tensión.

Iniciamos nuestro viaje con Javier, mi segundo hijo, en el aeropuerto internacional “El Dorado” de Bogotá. Era un vuelo directo a Cancún, donde nos encontraríamos ese viernes, con Carlos, mi primogénito, y Leonardo, el menor, que llegaban de los Estados Unidos, en una hora diferente a la nuestra.

Ya en el aeropuerto “*El Dorado*,” tratábamos de no acercarnos demasiado a las personas, y no era xenofobia, pero al ver extranjeros, especialmente si eran de la China, sentíamos temor, ya que sabíamos que allí se había originado el virus a pesar, y lo repito, que a Colombia según, nuestra autoridades, no había llegado.

Entregamos maletas; pasamos por inmigración y no pasó nada raro. Nadie nos previno de absolutamente nada; ingresamos al avión y nuestra preocupación era que nos tocara alguien con gripa en las sillas cercanas, ya que se suponía que ese era uno de los síntomas. Afortunadamente cerca de nosotros no se sentó nadie y solo alguien con tapabocas estaba sentado a más de cinco metros; no recibimos agua ni alimentos; el viaje fue de un poco más o menos tres horas y media.

Yo había llevado un tapabocas que había comprado por internet, pues para ese momento, y a pesar de no haber llegado el virus a nuestra ciudad, ya no se encontraban en droguerías ni en almacenes de cadena. Otros elementos de higiene habían subido de precio escandalosamente; el alcohol,

el gel antibacterial, y en general, todos los elementos de aseo; así, y aunque uno quisiera pagar el doble o el triple, no se conseguían. Por mi tapabocas “N95” me cobraron 38.000 pesos incluyendo el valor del envío, pero en el viaje de ida no me lo puse porque no tenía gripe y noté, que las demás personas evitaban, o evitábamos acercarnos a quienes llevaban ese accesorio.

Aterrizamos en México muy temprano, y estuvo bien, porque no había muchos turistas, razón por la cual encontramos pequeñas filas y guardábamos, además, una prudente distancia. Pasamos por inmigración, recogimos maletas y salimos hacia el centro de Cancún, para recoger un carro que habíamos alquilado.

El vuelo fue por la noche; llegamos temprano, pero teníamos sueño y hambre, entonces, desayunamos unos ricos taquitos en uno de esos sitios donde comen los obreros de la construcción. Conseguimos un hotel con tarifas económicas y allí dormimos; luego nos bañamos, y cerca de éste sitio, retiramos pesos mexicanos de un cajero electrónico. Por la tarde nos devolvimos al aeropuerto para recoger a mis otros dos hijos que llegaban de USA, pero siempre apartándonos de grupos humanos grandes, especialmente de los extranjeros.

## DE TURISMO EN CANCÚN

Después de recoger a mis hijos, iniciamos nuestro recorrido hacia “*Playa del Carmen*,” un lugar de hermosas playas con un mar tranquilo y muy bello. Llegamos a un apartamento muy bonito que habíamos alquilado por internet. Nos organizamos, y fuimos a un supermercado para hacer compras de productos con el fin de preparar nuestra alimentación.

Esa misma tarde conocimos una playa cercana, pero era en un sector donde había mucha gente, razón por la cual nos dirigimos hacia donde era menos concurrido. Allí observamos el mar con sus aguas transparentes, tan parecidas al mar de los siete colores de San Andrés Islas. Quedamos extasiados con el atardecer y el mar de ese hermoso lugar.

Me causó curiosidad que, al hacer un recorrido por una de las calles comerciales, observamos unas personas nativas con unos recipientes llenos de agua y peces pequeñitos dentro, mientras los turistas pagaban por meter los pies descalzos, y se veía cómo los peces los despojaban de los pedacitos de cuero sobrantes como haciendo un “*pedicure*,” eso mismo me habría de pasar a mí, pero bañándome en uno de los cenotes, días después.

Nuestro primer día transcurrió muy rápido. Todos queríamos contar acerca de nuestras vidas, pero el tema recurrente era

todo lo que se decía sobre el virus, especialmente lo que oíamos de China, Italia, España, Irán y otros países donde había llegado con contundencia mortal. Toda esta información nos llegaba por las redes sociales. En algunos casos, eran chistes sobre el tema, que no dejaban de causarnos risa, pero ya se nos notaba un poco preocupados por estar en otro país, lejos de nuestras familias y con un viaje que apenas iniciaba.

Así crecía, día a día en nuestro interior esa pesadumbre, y aunque tratábamos de disimularlo, sabíamos que el virus estaba haciendo su trabajo, dispersándose y matando gente por todo el mundo.

Un meme que me causó risa, pero a la vez preocupación, fue aquel en el que, en un hogar en Colombia, le decían a un niño que saliera a saludar al tío que acababa de llegar de la China, y ese niño salía espantado, como si hubiera visto al diablo, y corría a esconderse debajo de una cama. Yo también lo hubiera hecho así.

En esos días conocimos otra playa espectacular; una reserva natural protegida. Es un santuario dedicado a la tortuga marina llamada "Xcachel- Xcachelito;" una playa de difícil acceso por su carretera destapada y con un horario restringido de 8:00 am a 5:00 pm. Allí uno se puede dar un baño pero no hay donde resguardarse del sol ardiente; tampoco se puede acceder a la arboleda nativa ya que está delimitada con una cinta plástica pues es un refugio de muchas especies animales, algunas en

extinción. Este lugar nos hacía sentir el alma encogida al ver tanta belleza junta: las arenas blancas, como cernidas y suaves, el agua del mar transparente y púrpura con una gama de colores inmaculados, y lo mejor: no se encontraba basura en toda su extensión.

Esos sitios son difíciles de encontrar, incluso por internet, pero unos amigos de Javiercito que viven en “Playa del Carmen,” nos llevaron, no solo a ése lugar, sino a otros poco frecuentados por turistas. Era lo que necesitábamos para estar lejos y aislados de muchos extranjeros con los que sabíamos que corríamos el riesgo de ser infectados.

Los siguientes días conocimos la espectacular cultura Maya, especialmente visitando los grandes parques arqueológicos. Algunos de ellos los recorrimos en bicicleta para así conocerlos más exhaustivamente. Encontramos muchas pirámides, adoratorios, los campos del juego de la pelota donde se jugaban la vida los participantes. Igual a los días anteriores, siempre guardando las distancias con otros visitantes.

De este paseo debo hacer especial mención a los sitios llamados cenotes, que, según una enciclopedia en línea se definen con la siguiente descripción: ***“El subsuelo de Yucatán es calizo y está repleto de ríos subterráneos que se interconectan; cuando se derrumba el techo de una o varias cavernas se forma un agujero lleno de aguas cristalinas y aparecen los cenotes que son ensanchamientos de complejas redes fluviales subterráneas, en estos, el agua marina, más densa que la dulce puede penetrar por el fondo del sistema freático, por ello hay cenotes en los que a partir de determinada***

***profundidad, el agua pasa de dulce a salada, incluso a muchos kilómetros de la costa. La espeleología ha demostrado en la Península de Yucatán la existencia de interconexiones entre los cenotes y entre estos y el mar. Hay cenotes de cielo abierto, como el de Chichén Itza cerca de la pirámide de Kukulcan. Cenotes semiabiertos y cenotes subterráneos o de gruta***". (Wikipedia, la enciclopedia libre, [es.wikipedia.org/wiki \) Cenote](https://es.wikipedia.org/wiki/Cenote)".



Visitamos varios cenotes, pero el "Ik Kil," cerca de Chichén Itza, nos impresionó muchísimo por su espectacular belleza. Es abierto pero profundo, con un diámetro de 61 metros y por cuyas paredes de 26 metros cuelgan plantas y raíces. Allí tuvimos un poco de miedo por la cantidad de turistas de todo el mundo, a pesar de que nuestra visita fue en las últimas horas de la tarde, cuando ya había poca gente, pues persistía nuestro temor a ser contagiados.

Carlitos estuvo buceando en el cenote "Dos Ojos," que sale a la superficie en dos puntos, comunicados bajo tierra siguiendo un río subterráneo. Al salir nos comentó: "fue una experiencia única e inolvidable".

Conocimos dos cenotes más: "El Xlakah" cubierto de lirios y el "Tankach-Ha" al que debíamos bajar bastante y con luz artificial, ya que es subterráneo y tiene varias plataformas para que los turistas prueben saltos extremos. Allí algunos demuestran sus aptitudes en este campo, mientras que otros solamente se pegan unos "barrigazos" impresionantes.

En estos cenotes tomamos un delicioso baño; no queríamos salir de allí dada la frescura y transparencia de sus aguas cristalinas. En algunos cenotes se filtran los rayos solares haciendo como un festival de luces y colores. Para los que no somos expertos nadadores es aconsejable utilizar chalecos salvavidas, y ahí fue otro problema, pues estos salvavidas son alquilados, y sin saber quién o quiénes los habían utilizado antes, preferimos no utilizarlos y correr el riesgo que, en esos

cenotes, con más de 50 metros de profundidad, nos lleváramos un susto eterno, como cuentan las autoridades que le pasó a un turista en días anteriores.

Así pasaron los días. Cada vez conocíamos más cenotes, verdaderas maravillas de la Naturaleza, y nos adentrábamos en la vida pasada de los Mayas, pero también recibíamos más información de nuevos avances del virus en el mundo; supimos, por ejemplo, que algunos países empezaban a cerrar sus fronteras y a restringir los vuelos internacionales, especialmente procedentes de China, Italia y España entre otros. Todas estas noticias nos preocupaban demasiado.

## REGRESO E INCERTIDUMBRE

Faltando un día para nuestro viaje de regreso, nuestra preocupación más inmediata era que fueran a cerrar los aeropuertos de Estados Unidos o de Colombia, pues nuestro objetivo era llegar hasta donde estaban nuestros seres queridos.

El mayor temor que teníamos era llegar a los aeropuertos internacionales, ya que en ese momento, tanto en México como en Colombia, habían aparecido casos de coronavirus.

Previendo la situación, compramos guantes quirúrgicos, jabón, gel antibacterial, alcohol, y para mayor protección, me puse mi tapabocas “N95,” (el mismo que mantuve hasta cuando llegué a mi apartamento en Bogotá.) Así, nos desplazamos de “Playa del Carmen” hacia el aeropuerto internacional de Cancún.

El día 14 de marzo, muy temprano, llegamos al aeropuerto pues el vuelo despegaba a las 8:30 de la mañana, y estaba previsto que llegaríamos a Bogotá sobre la 1.30 p.m.

Ya en la fila para hacer el respectivo “Check-in” observé que había bastante gente, pero tomamos las debidas precauciones de distancia en la medida en que se podía. Me acuerdo de un opita que también viajaba a Colombia, y como había comprado un tiquete económico, no le permitieron ingresar su maleta a la bodega, y para colmo, no tenía ni un peso para pagar el importe. Empezó por rogar y hablar fuerte preguntando si alguien le podía prestar dinero mientras llegábamos a Bogotá. Después de un rato en que nadie “le paraba bolas,” Javiercito le preguntó, que cuál era el costo, sacó su tarjeta de crédito y le pagó: así es el corazón de Javier en todo tipo de situaciones. Este señor, muy emocionado, no paraba de darle las gracias, le daba la mano, y por ese tiempo ya uno no debía dársela a nadie; además le pidió unos datos bancarios donde le pudiera

consignar lo que le había prestado; siguió dando miles y miles de gracias mientras continuábamos los trámites del embarco a Bogotá, aunque por ahora lo más importante era aplicarse el gel y desinfectarse esa mano.

Nuevamente, al subir al avión, empezó nuestra zozobra por saber qué persona se sentaría cerca de nosotros; afortunadamente nadie se sentó en el puesto faltante en la fila de tres sillas que ocupábamos; antes de sentarnos sacamos el gel antibacterial, el alcohol que teníamos, y con pañuelos húmedos, desinfectamos la silla, los cinturones de seguridad y todas las superficies que podíamos tocar con las manos poniendo especial cuidado de no tocarnos la cara ya que la especie humana, no sé por qué motivo, estamos llevándonos los dedos a la cara continua e inconscientemente; creo que las estadísticas de éste acto es, de por lo menos, dieciséis veces cada hora.

Aterrizamos sin otros inconvenientes y muy contentos por haber llegado a nuestra querida ciudad de Bogotá, aunque siempre con el temor de hacer las filas en inmigración, a pesar de todas las precauciones que estábamos guardando.

Al salir, había una larga fila de extranjeros y nacionales; allí nos tomaron la temperatura, y nos preguntaron de dónde veníamos; también nos pidieron llenar un formulario con preguntas sobre dónde estábamos, si teníamos alguno de los

síntomas del coronavirus y de qué país éramos; después de llenar este formulario pasamos inmigración.

La verdad, noté que le daban muy poca atención a los pasajeros, incluidos los extranjeros que podían portar el virus; luego fuimos rápidamente a recoger las maletas porque en ese momento aterrizaban aviones con personas de España e Italia y no queríamos encontrarnos con ellos, pues ya esos países contaban con muchos muertos por la pandemia, y Colombia seguía permitiendo el arribo de aviones de todos los países del mundo, como si ese no fuera un problema para todos. Con el tiempo nos dimos cuenta que esa fue una razón fundamental por la cual entró el virus al país y se expandió, especialmente, en Bogotá.

Tomamos un taxi del aeropuerto hacia el centro de la ciudad con destino a nuestros apartamentos. La idea era llegar y aislarnos por mínimo 14 días porque no sabíamos si nos habíamos contagiado con el virus y no queríamos transmitirlo a nadie.

Al llegar a mi apartamento, mi esposa ya me había comprado un mercado completo para varios días. Inmediatamente, y antes de entrar, me quité toda la ropa y los zapatos; desinfecté con un atomizador de alcohol las maletas, los equipos electrónicos y los guantes; abrí la puerta y entré directamente al baño; sólo allí me despojé del tapabocas "N95," me bañé muy bien las manos, la cara y luego una demorada, pero muy

refrescante ducha. Me vestí, arreglé el mercado en su sitio y descansé, como nunca, después de este estresante viaje.

Dados los acontecimientos hasta ahora narrados, definitivamente estaba mentalizado para pasar mi cuarentena aislado, cuidándome, a mí mismo, pues las circunstancias así lo ameritaban; dispuse los muebles y los espacios en mi apartamento, haciendo una pista con obstáculos donde diariamente caminaba unos tres o cuatro kilómetros, y hacía una rutina diaria con el objetivo de pasar el tiempo sin desesperarme ni sentir estrés.

Así transcurrió mi aislamiento por quince días sin tener ningún síntoma para el virus. Me sentía tranquilo y muy contento, ya que había pasado la cuarentena, y en ningún momento había sentido alguna molestia que me preocupara de estar contagiado, eso sí, me cuidaba para que por ningún motivo tuviera que ir a un médico, y menos, a un hospital.

## **INFARTO**

Pero la vida tiene muchos vaivenes, y cuando menos se piensa, aparece lo que uno no quiere que pase en ningún momento.

En el día 16 de mi aislamiento, y sin haber sentido ningún síntoma, me levanté temprano, caminé a la sala y en ese preciso momento sentí una presión fuerte en el lado izquierdo del pecho, un agudo dolor en la nuca y un intenso malestar en el hombro izquierdo que bajaba por todo el brazo; además me era imposible respirar bien. Sacando fuerzas empecé a inhalar y exhalar aire de tal manera que yo mismo me tranquilizara. Para no desvanecerme me apoyé de la mesa del comedor y empecé a respirar con calma, tratando de cambiar el ritmo a los latidos del corazón, y después de quince minutos de intensa lucha, la respiración empezó a funcionar de nuevo, poco a poco y con más normalidad, pero el dolor en el hombro y en el brazo, eran aún, insoportables.

Seguidamente hice mi desayuno para tratar de mitigar el malestar, lo llevé a la mesa, pero me sentía débil y con mareo; lógicamente, había tenido un infarto.

No sobra decir que desde hace unos diez años atrás, y después de citas con el cardiólogo, electrocardiogramas, "holters," entre otros, el cardiólogo había detectado la arritmia que a veces me aceleraba el corazón. En los últimos meses había estado tomando un medicamento llamado "Lanitop," pero hacía unos pocos días se me había terminado, sin lograr conseguirlo nuevamente; parece ser que los laboratorios que lo producían no volvieron a distribuirlo, por lo tanto, y hablando con el cardiólogo me lo habían reemplazado por uno llamado

“Bisoprolol;” tengo alguna razón al pensar que el cambio pudo haberme afectado negativamente, causándome este problema.

Luego de este impactante episodio, recibí una llamada de mi esposa a quien conté la situación. Ella me aconsejó llamar a mi EPS, lo cual hice inmediatamente. Me contestó una doctora que me asistió por teléfono, pues en ésta etapa de la pandemia, así era el protocolo: mejor no ir a ninguna cita si no era absolutamente necesario para no correr el peligro del contagio, a menos que fuera de vida o muerte, y parecía que mi problema si era de vida o muerte.

Al relatarle a la doctora, lo que me había ocurrido, me asustó mucho más, previniéndome que, si no iba a urgencias, podía repetirme esta situación, y podría darse el caso de que no hubiera nada qué hacer. Varias veces le dije a la médica que hacía quince días había llegado de México y que, inmediatamente, me había encerrado en mi apartamento para esperar algún síntoma del coronavirus y evitar contagiar a alguien, y si ahora me iba a urgencias, con seguridad me iban a contagiar, pues allí ya habrían llegado enfermos de la pandemia y yo quería evitarlo, pues tener más de setenta años y estas preexistencias de salud, me convertía, sobre seguro en una futura víctima.

Nada de lo dicho convenció a la médica quién me advirtió nuevamente que, si no iba a urgencias, ella dejaba constancia

en mi historia clínica de las indicaciones que me había dado para salvar su responsabilidad.

Llamé a mi hijo Javier para contarle los hechos y él, preocupado, llamó a un médico amigo para contarle los sucesos; al instante, me devolvieron las llamadas, primero la médica y nuevamente, mi esposa y Javier para convencerme de la urgencia de ir al hospital.

Yo no quería ir por físico miedo, pero al final lograron convencerme. Javier llegó con su carro a mi apartamento, ya que mi esposa tenía gripa y no era aconsejable que ella me llevara; salimos hacia urgencias del hospital Infantil San José que tiene convenio con SERVISALUD, la EPS a la cual estoy afiliado.

Creo que mi problema de corazón no es sencillo, pero pienso que fue en el momento menos oportuno. Entonces me preguntaba: ¿en qué problema estaré? Y preciso ahora cuando me encontraba tan contento después del viaje que me había salvado del COVID-19. Ahora me hallaba en el ojo del huracán.

## URGENCIA Y TEMOR

Llegamos muy rápido al hospital, yo con mi tapabocas y guantes; sólo me dejaron entrar a mí, y luego me remitieron a un consultorio donde me atendió una médica, quién me preguntó cuál era el problema por el cual estaba allí, entonces lo resumí de la siguiente manera:

Desperté el 28 de marzo, tipo 6:00 am un poco raro, ya que en los dos días anteriores no había podido dormir bien y me sentía como fatigado; a las 7:30 am me levanté, pagué por internet el recibo del celular, y al desplazarme hacia el comedor, sentí un dolor aplastante y opresivo en el centro del pecho durante varios minutos; esa opresión se me irradió al cuello, hombro izquierdo y brazo izquierdo, con un dolor insoportable; tuve malestar torácico con sensación de mareo y dificultad para respirar, además hace quince días llegué de Cancún México.

Le conté que había guardado la cuarentena sin haber tenido ningún síntoma. Haber contado eso influyó en las decisiones que tomaron después los médicos con respecto a mi problema por el que había llegado a urgencias.

Ante estas señales la médica me ordenó un electrocardiograma y varios exámenes de sangre. Los resultados estuvieron relativamente rápido; me llamaron nuevamente al consultorio y un médico me los leyó; el

electrocardiograma estuvo normal, pero la prueba de troponina de la sangre salió elevada, lo que le indicaba al médico que habría podido ser un daño miocárdico.

Ya en ese momento estaba más preocupado, por el posible contagio del coronavirus, que por el posible daño que hubiera podido tener en mi corazón. El médico ordenó un nuevo examen de sangre para corroborar lo de la troponina. Ya en ese momento llamaron a mi hijo Javier, y nos comunicaron que, si en el segundo examen salía elevada la troponina, debía quedarme en el hospital y si no, entonces me enviarían a la casa con medicamentos; por esto último era lo que yo rogaba.

Media hora después llegó el nuevo examen de sangre y el médico, con el resultado en la mano nos informó que la troponina había dado más elevada y por tanto debía quedarme hospitalizado. Por poco me da un nuevo ataque al corazón, ya que sabía que para en ése entonces el hospital tenía pacientes con coronavirus.

Javercito me tranquilizaba diciéndome que todo iba a salir bien pero yo tenía mis dudas; me llevaron a una sala donde dejan a pacientes que llegan con diferentes patologías, para luego trasladarlos a diferentes pabellones del hospital según la situación y condición crítica. Yo estaba en una cama provisional, pero por ningún motivo me quitaba ni los guantes ni el tapabocas. Estaba con aparatos, que monitoreaban el corazón, canalizado, recibiendo suero, y una sustancia que

desconocía, entraba por una de las venas de mi antebrazo. Cada rato me tomaban la tensión, la temperatura y empezaron a darme un montón de medicamentos; incluso tenía que masticarlos antes de pasarlos y con muy poca agua; menos mal que Javiercito fue y me compró una botella que tocó tasarla para toda la noche. Pasaron por esta sala, en las dos horas que estuve ahí, como unos cinco o seis pacientes; unos se quejaban, otros tosían y otros no chistaban nada.

Luego me trasladaron a una sala de reanimación donde no había pacientes, pero entraban y salían médicos, enfermeros y enfermeras, a cada rato y durante toda la noche, pero como estaban protegidos, no tuve mucho miedo. Javiercito le tocaba salir del hospital, pues aunque por ser yo un paciente de más de setenta años podía estar acompañado, no tenía ni un asiento para que él se quedara, así que le aconsejé que mejor se fuera y volviera al día siguiente. Como me tocó quitarme toda la ropa para que se la llevaran, me pusieron por primera vez en mi vida un pañal desechable, para que al hacer mis necesidades pudieran cambiarme. Cabe anotar que transcurridos dos días después estaba intacto, pues para orinar pedía un adminículo llamado PISINGO.

Viéndome en pañal desechable, retorné al pasado lejano cuando estos no se conocían; incluso con mis hijos se utilizaron unos pañales de tela, los que tocaba lavar muy bien, ponerlos al sol, plancharlos y volverlos a usar, asegurándolos con un gancho con el cual muchas veces se chuzaba la barriga

del niño; creo que para la naturaleza era muy apropiado, pues hoy en día llegan millones y millones de dichos administrículos a inundar de basura no reciclable el planeta.

Esa primera noche empezó mi suplicio. Todo el tiempo luces de alto voltaje que impedían, así fuera con los ojos cerrados, poder dormir, cuando por la necesidad y el cansancio trataba de conciliar el sueño, en ese preciso instante llegaban enfermeras o enfermeros a tomarme la presión, la temperatura o a sacarme sangre para hacer exámenes y establecer los niveles de creatinina en suero y otros fluidos como nitrógeno ureico, troponina, sodio, potasio, cloro, deshidrogenasa, y además, para medir y verificar los índices que señalaban los aparatos que tenía conectados para monitoreo del corazón, entre otros.

No pasaban dos o tres horas y volvían las, o los enfermeros, para suministrarme una serie de medicamentos formulados, tales como: Lactato de Ringer, Enoxaparina, Asa, Clopidogrel, Carvedilol, Omeprazol, Atorvastatina, Acido Acetilsalicílico, que me daban en diferentes horarios, y además nuevamente tomar presión, temperatura, aplicarme una inyección para ayudar a que la sangre se adelgazara rápidamente, sacarme sangre para más exámenes, copiar los datos del monitoreo y mucho más.

A la mañana siguiente, a eso de las 7:00 am llegó Javiercito; me llevó a modo de cena, dos dedos de queso y un jugo,

también agua para tomarme los medicamentos. Pasó la revisión médica y como los niveles de troponina eran más altos, me ordenaron un nuevo electrocardiograma y RX de tórax, esto en una de las salas de reanimación.

Un primer diagnóstico según la epicrisis lo dieron así:

1. Infarto agudo de miocardio sin elevación de ST, GRACE
2. Fibrilación auricular de novo
- 2.1 Arritmia ventricular
3. Hiperuricemia

Para el diagnóstico anterior los médicos hicieron el siguiente plan en el manejo de mi problema:

Sala de reanimación

Medicina interna

SSN0.9% a 20 cc hora o2 2L/min por cánula nasal SOLO si  
SPO2 <90%

Enoxaparina cada 70 mg sc cada 12 horas

Carvedilol 3.25 mg vo cada 12 horas

ASA 100 mg vo cada día

Atorvasatrina 80 mg vo cada día

Clopidrogel 75 mg vo día

Ss ECO TT

SS cateterismo cardíaco

SS Holter

SS Rx de tórax portátil

SS Perfil lipídico, TSH, T4L, HbA1c, tiempos de coagulación, creatinina, BUN.

Ya con éste plan decidieron trasladarme a una UCI de adultos. En esos momentos tenía mucha hambre pues sólo había probado lo que Javier me había llevado; ya en la UCI, a la que llamé: “**Unión Celestial Internacional,**” estaba sólo y aislado y un poco más tranquilo pues me parecía buena la atención y podía tener visitas de 4:00 a 5:00 de la tarde, además, porque allí era menos probable adquirir el virus.

Siendo las 10:00 de la mañana, una enfermera me comunicó que me iban a llevar para hacerme un cateterismo y que con base en esos resultados se podía determinar cuál era el proceso a seguir. Casi a las 11:15 vino una enfermera me afeitó el vello púbico, y en una camilla auxiliar me desplazaron hacia el sitio del procedimiento.

El enfermero y las enfermeras eran muy amables; cuando me llevaban fui recibido por una enfermera jefe en el sitio donde me iban a hacer el cateterismo; fue muy amigable; estuve en la sala de espera un buen rato; posteriormente, salió un cardiólogo, creo que se llamaba Doctor Suárez, quien retiró a los auxiliares y les comunicó que en la historia clínica aparecía que había llegado de Cancún México y, que como habían pasado 16 días solamente, entonces no podían hacerme el cateterismo.

Me clasificó para ser un posible portador del coronavirus, lo cual fue un error garrafal pues había podido aislarme en una

habitación privada, porque no tenía síntomas y me enviaron al pabellón de los infectados o sospechosos de coronavirus; inmediatamente todos se retiraron, se colocaron los tapabocas y los uniformes de bioseguridad.

Es de anotar que en el RX de tórax apareció una opacidad en vidrio esmerilado en el lóbulo superior izquierdo del pulmón que fue lo que motivó la decisión equivocada que relataré a continuación. Esto cambió todo el plan que habían hecho y el siguiente fue el que dieron.

### **Diagnósticos:**

1. IAMSEST GRACE 115 PUNTOS KK 1 TIMI 29
2. Fibrilación auricular de novo
3. Caso sospechoso para COVID-19
  - 3.1 Viaje reciente en los últimos 14 días
  - 3.2 Infiltrados en vidrio esmerilado en lóbulo superior izquierdo
4. Hiperuricemia por HC

### **PROBLEMAS:**

Riesgo de arritmia fatal

Riesgo de muerte súbita

Caso sospechoso para COVID-19

Haber estado en mi apartamento 14 días sin síntomas para el virus no fue suficiente para que me trasladaran a una UCI o aislamiento PCR para COVID-19, por donde pasaban todos los casos sospechosos de Coronavirus.

Me pusieron ventilatorio, o sea oxígeno por cánula nasal y monitoreo al corazón. Además de todos los medicamentos que estaba tomando me dieron otros tres, antimicrobiano, Hidroxicloroquina de 400 mg y Lopinavir/Ritonavir 400/100 mg, cada 12 horas.

Hasta ese momento no me habían dado sino dos comidas porque las demás coincidían con las horas cuando me estaban trasladando de UCI, y con el inconveniente que tenían carne y frijoles, alimentos que no puedo comer por sufrir de gota. Sentía que estaba acabando con las reservas y defensas que tenía, por falta de alimento y con el estrés de estar en un sitio tan peligroso para adquirir el virus. Los enfermeros salían de las UCI donde había pacientes con COVID-19 para atenderme, asearme, llevarme los medicamentos, sacarme sangre, aplicarme inyecciones y medirme temperatura, y presión; eso era un camino muy fácil para que me infectaran con el virus.

Tantos medicamentos, tantos pinchazos, sacadas de sangre, tantas inyecciones ya me tenían desesperado porque en primer lugar no me dejaban dormir, y si lo hacía, era por unas dos horas en la noche; algunas o algunos enfermeros me pinchaban varias veces, especialmente por falta de experiencia para sacar la sangre. Todo esto era muy incómodo y doloroso, sobre todo cuando tenían que pinchar una arteria pues necesitaban sangre de ella para un examen especial.

Todo lo anterior sucedió en cuatro días. Desde cuando entré a

urgencias, llevaba tres noches sin dormir, muy poca comida, poca agua y con un único tapabocas, pero lo peor era el miedo por el sitio al cual me habían enviado. Allí mi problema de corazón pasó a segundo plano y pasé a ser sospechoso de coronavirus.

No sé cómo, ni por dónde, entró Javierecito saltándose protocolos para llegar a donde me encontraba. Esto me llenó de alegría pero también de mucho temor pues pensaba que podía infectarse. En éste sitio estaban prohibidas las visitas y solamente entraba personal de salud; sin embargo, me pudo entrar cepillo de dientes, una crema humectante, un poco más de gel antibacterial y otro tapabocas “N95;” además, habló con el personal médico para que me ayudaran a salir de ese infierno, tal sería la cara de susto que entonces tenía yo; en ese momento ya él había hablado con el personal de infectología del hospital para que le explicaran por qué me habían llevado allá, y que entonces rápidamente me hicieran la prueba para comprobar si tenía, o no, coronavirus. Nosotros sabíamos que no, pues de los cuatro que estuvimos en México ninguno presentaba síntomas hasta ese momento.

Efectivamente esa tarde me tomaron la prueba. No sé si yo estaba de malas pues las plumillas con que tomaban la muestra se habían acabado y les tocó introducirme un tubo por cada fosa nasal hasta que llegara por ese conducto a la garganta y aspirar para obtener la muestra; la verdad fue doloroso ya que al entrar el tubo a la fuerza iban rompiendo

vasos sanguíneos. Por esa razón, estuve varios días sangrando por la nariz. Aún sí, mi semblante no cambió, pues la persona que me tomó la muestra me dijo que el resultado se iba a demorar varios días ya que en el Instituto Nacional de Salud se había dañado una máquina que podía dar muchos resultados y ahora les tocaba manualmente; por otro lado, decían que los reactivos se estaban acabando y que la importación no llegaba, pues era una compra muy competida, a causa de la expansión del virus regado por muchos países. Todo esto significaba que demoraría unos seis días o más anclado e incomunicado en ese sitio, y con una alimentación que no correspondía, aguantando la tortura de todo lo que me hacían, y postergando el cateterismo por lo que debía estar allí.

En la mañana del siguiente día continuaba en ese sitio aislado, pero que tenía una pared o gran ventana de vidrio. Desde allí podía observar la entrada y salida de los pacientes a las celdas o UCIS y podía darme cuenta de todos los demás pacientes que estaban en el mismo pabellón, lógicamente, aislados; unos en un estado grave, pues los sacaban entubados; no sé si muertos, o pasaban a los respiradores; en todo caso, vi entrar a otros que no movían ni los pies.

De pronto se oyó y se regó en el ambiente, como un murmullo grande. Unos enfermeros y enfermeras colocaban rápidamente biombos haciendo como un túnel, hasta llegar al siguiente espacio donde yo estaba; al instante venían como cinco